

## Una fuerza preocupante

José María Garrido

Profesor de Filosofía del Centro de Estudios Teológicos de Sevilla.

«**L**a moral del amor al prójimo, que entre individuos se puede admitir, no se debe tolerar entre naciones». Esto lo dijo el Dr. Hasse, profesor en Leipzig pocos años antes de que estallara la Primera Guerra Mundial. Son palabras, que no desentonaban del clima en el que se gestaba aquel gran conflicto y que en su brevedad revelaban muchas cosas: la supresión de la ética en la praxis política (cosa de la que ya levantó acta, a la vez que reforzó Maquiavelo); por lo mismo, exiliada del reino de lo real, incluso la ética privada pierde su condición imperativa, para pasar a ser algo «posiblemente admisible». Y se comprende: no se puede tolerar un imperativo absoluto allí donde se ha entronizado un absoluto distinto: la nación, como categoría básica de los nacionalismos.

¿Y qué es una nación para un nacionalista? Si contemplamos los movimientos revolucionarios del siglo XIX y escuchamos a sus teóricos, la nación es una unidad sociopolítica, integrada por estos elementos:

- 1) Autodeterminación política, pues el gobierno que dirige a la población nacional, debe estar libre de cualquier instancia exterior. De otra forma, esta población se aliena, se convierte en instrumento para los propósitos ajenos.
- 2) Peculiaridad cultural, especialmente lingüística, junto con una historia común, dentro de un territorio definido, a ser posible por «fronteras naturales».
- 3) Pureza étnica, nada de fusión con otros pueblos, pues esto supondría la pérdida de fuerza, de la superioridad del propio «pueblo elegido». Este tercer elemento es el que define a los teóricos más exaltados.

Hablar de nacionalismo es como hablar de una fuerza, que mueve y atraviesa toda la historia contemporánea. Nacido en Europa Occidental, se va difundiendo como en ondas concéntricas a los pueblos del Centro y el Este europeos, así como a los pueblos de América. Y convertida Europa en el centro hegemónico del mundo, sometió a los pueblos civilizados a un proceso mimético de occidentalización, en el que los países asiáticos y africanos se irán constituyendo en estados independientes bajo el impulso de sus respectivos movimientos nacionalistas.

Estas líneas sólo desean ser una reflexión genérica e introductoria al tema del nacionalismo, contenido monográfico del presente número de la revista *Acontecimiento*, dejando a otros artículos el trato más específico y razonado de dicho contenido, tan influyente en la actualidad.

Trazaremos ante todo un esquema de la evolución histórica de los nacionalismos, para intentar luego una tipología de las diversas formas, en las que se muestran. Finalmente, haremos una crítica somera de los nacionalismos, en la que irá implícita la apreciación del sentido, que éstos pueden brindarnos hoy.

### 1. Un bosquejo histórico

La Revolución Francesa, con la supresión de los privilegios del Antiguo Régimen y el fervor revolucionario, refuerza la cohesión social; la amenaza desde el exterior y la leva de masas decretada por los jacobinos transforma la guerra de una tarea propia de un ejército profesional de efectivos limitados en un hecho sociológico de enormes proporciones, en el que partici-

pan grandes masas de combatientes y en el que se ve involucrada toda la nación. Nada más eficaz, para exaltar el espíritu nacional. Y enseguida, las conquistas de Napoleón difunden por contagio el nacionalismo entre los pueblos agredidos. De entre éstos, aquéllos del Occidente europeo, que ya venían organizados en estados desde el Renacimiento, viven el drama como una renovación de la propia identidad. Pero aquellas otras naciones, que, conscientes de su propia identidad, no habían logrado aún unificarse en un estado propio, despiertan y luchan por alcanzar este objetivo. Vemos así levantarse a los patriotas italianos contra el dominio austríaco, a los polacos contra la autocracia zarista, a la «Joven Alemania» contra la fragmentación heredada del pasado, mientras los belgas reclaman su separación de Holanda, los griegos se emancipan del despotismo turco y en Latinoamérica arden, separadas e improvisadas al comienzo, las insurrecciones independentistas.

El Congreso de Viena, bajo control ruso y austríaco, intenta sofocar esos movimientos, pero sólo logra una tregua, pues en los años veinte, y en 1830, los nacionalismos vuelven y han dado pasos decisivos.

El siglo XIX nos ofrece dos períodos en la historia de los movimientos nacionales. En los cuarenta años relativamente sosegados, que siguen a las guerras napoleónicas, el espíritu nacionalista se alimenta de la inspiración romántica: poetas, músicos y pintores iluminan la imaginación popular, hablando de libertad, de dignidad nacional. Autores utópicos, como Saint Simon o Proudhon, sueñan con una evolución pacífica de la humanidad.

Sin embargo, desde 1849, la burguesía consolida su poder; la industrialización progresa junto con los movimientos nacionales. Los progresos en la siderurgia, la implantación de las redes ferroviarias, las nuevas dimensiones y posibilidades de los ejércitos, la mayor posibilidad de movilización nacional, ¿no son factores, que tientan a sustituir el paciente rodeo del diálogo diplomático por la trocha corta del «hierro y de la sangre»? Es lo que dijo y lo que hizo Bismarck y los demás políticos con él. Y así tenemos que en los 15 años que van entre 1855 y 1870, se multiplican los conflictos, de los que saldrán dos importantes naciones: Alemania e Italia. Pero todo ello con el despojo y la humillación de Francia. Por eso, en los 44 años de calma aparente que siguen, se van amontonando los medios materiales y espirituales para las grandes conflagraciones del siglo XX. Ante el alcance histórico de esta evolución, hay que aceptar la afirmación de Ch. Morazé: «el más grave acontecimiento a mediados del siglo XIX

fue el fracaso de los nacionalismos pacíficos» (*Historia de la Humanidad*, Planeta, tomo 7, p. 82). Se había operado una profunda alteración, que privaba al alma europea de sus referencias tradicionales. La mentalidad positivista, como repercusión de los descubrimientos científicos, la poca profundidad humana del liberalismo inglés, la cultura de la desmemoria, que tiende a hacer tabla rasa de la tradición humanista y cristiana, crean el contexto, en el que se puede decir sin escándalo que «la moral del amor al prójimo, admisible entre individuos, es intolerable entre naciones».

En los años en los que Alemania e Italia logran su unidad nacional, las potencias occidentales se lanzan a la aventura imperialista, sometiendo al estado de colonias a los pueblos de Asia y África.

Rivalidades imperialistas, problemas crecientes en los viejos imperios y vienen las dos guerras mundiales. Al comienzo de la primera, los partidos socialdemócratas europeos traicionan al internacionalismo obrero, votando los créditos militares, en nombre de la «unión sagrada» nacional. Tras la guerra y los tratados consiguientes, la efervescencia de las nacionalidades oprimidas, que venía agitando desde el Báltico hasta el desierto de Arabia, hace surgir muchos estados nuevos, mientras hace pasar a los pueblos árabes del dominio turco a la administración francesa o inglesa, en espera de la próxima ocasión, Finlandia, Polonia, los Países Bálticos y Ucrania nacen de la descomposición del imperio zarista. Hungría, Checoslovaquia y una Yugoslavia mal cohesionada se desgajan del imperio de los Habsburgos.

El período de entreguerras (una tregua de dos decenios) contempla el avance del independentismo hindú, excepción creativa, por lo abierta y pacifista (Gandhi), China se ve gobernada por el Kuomintang, progresan los nacionalismos árabe e israelí. Lo más grave ocurre en Europa: entra en crisis el Estado liberal, las clases conservadoras (sintiéndose amenazadas por la revolución socialista) esgrimen el nacionalismo como valor ideológico movilizador, es decir, se valen del nacionalismo contra la racionalidad de una profundización democrática. Entregan, pues, para eso el poder a unos partidos ultranacionalistas bajo líderes demencialmente violentos, que arrastran al mundo al desastre de la Segunda Guerra Mundial. Tras este gran desastre, una Europa debilitada y la presión de las dos superpotencias abren la puerta al gran proceso descolonizador, en el que unos movimientos de liberación nacional logran en una primera fase constituirse en estados soberanos, para que luego, tras el compromiso de cooptación contraído

por estos estados en Bandung (1955), la onda expansiva de creación de nuevos estados alcanzara su círculo extremo en la década de los setenta (Angola, Mozambique, Guinea-Bissau)... Pero el volcán nacionalista no se calma con eso. Sus explosiones violentas ensombrecen las últimas décadas, con las expresiones más sangrientas de la «vuelta al tribalismo» (Ruanda, los Balcanes, Chechenia, por no hablar del Próximo Oriente, donde aún no se vislumbra la paz).

El nacionalismo moderno, nacido hace más de dos siglos y muy vivo aún, tendrá que ir cediendo ante la más honda e inevitable tendencia hacia la globalización planetaria, en la que los estados van ya abandonando parcelas de su propia soberanía y en la que los graves problemas mundiales pendientes están demandando una autoridad mundial. Lo dijo ya Pablo VI en 1967 y lo repitió Butros Gali en 1993.

Para que este proceso discurra por los cauces de la razón, deberá evolucionar bajo la guía de dos postulados: el respeto a las peculiaridades culturales de cada pueblo y un poder universalmente aceptado que garantice todos los derechos de todos los pueblos y de todos los individuos.

¿Es esto una utopía? Sin duda lo es, pero viene exigida por las condiciones objetivas de nuestro mundo actual y sólo resulta lejana, porque una gran parte de la humanidad (destacando los núcleos poderosos y los políticos, que los representan) malvive mentalmente enferma.

## 2. Una tipología

Tomando como base esta historia secular de los nacionalismos en expansión hacia espacios cada vez más amplios, hasta llenar todo el ámbito planetario, tenemos un abundante material de estudio, sobre el que bosquejar unas tipologías. Nos vamos a contentar con sólo dos ejemplos.

En primer lugar, hay que tener en cuenta el objetivo propio del nacionalismo: la independencia política, la posesión de un gobierno surgido de la propia vida interna de la nación (Mazzini).

Según esto, la historia nos muestra unas naciones europeas que inician la edad moderna dispersas, bien por la inercia de unas estructuras heredadas del pasado, bien por la violencia voraz de los vecinos. Los movimientos nacionalistas en este caso tenderán a la unificación nacional de los jirones dispersos en un solo Estado. Es por ejemplo, el caso de las unificaciones alemana, italiana o polaca.

En el caso inverso tenemos las naciones integradas en el seno de un Estado plurinacional, dominado por un núcleo étnico extraño a aquellas naciones. Están éstas como empotradas en ese todo, en el que no suelen gozar de igualdad, ni ver garantizada su identidad cultural, sino que más bien la ven amenazada por la política de asimilación violenta del núcleo dominante. Los nacionalistas de estas naciones tienden a desintegrar el Estado plurinacional. Aquí tenemos nacionalismos centrífugos. Es el caso de los movimientos nacionalistas que desmembraron los imperios austríaco, ruso o turco tras la Primera Guerra Mundial, quedando todavía abiertas las dos desmembraciones últimas, como lo indican los casos de los kurdos, armenios o chechenos.

Aparte de esta división, fundada en la dirección hacia la que se mueven los movimientos nacionalistas, merece mención esta otra, en la que el argelino Sami Nair contempla tres tipos de nacionalismos:

- 1) el nacionalismo de liberación, de emancipación de un poder alienante;
- 2) el nacionalismo autoritario, que se basa en la jerarquía y en la fuerza. Subordina la idea de democracia a la idea, que tiene de nación. Confía en un Estado fuerte con un ejército eficaz. Es socialmente reaccionario, con tendencia a proyectarse al exterior, como un nacionalismo agresivo y de dominación;
- 3) la degeneración extrema del anterior en el racismo étnico (nazismo) o en el fanatismo religioso (los ayatollah iraníes o los talibán afganos).

Puesto que esta tipología tiene como trasfondo la democracia, conlleva ya implícita una valoración, pero merece la pena que la explicitemos.

## 3. Observación crítica

Sin duda, la emergencia de la subjetividad al comienzo de la edad moderna fue algo positivo, pero su decantación individualista debió frustrar magníficas posibilidades de la perfectible sociabilidad humana. También significan los nacionalismos modernos un paso positivo en la conquista de los derechos y un progreso histórico en la formación de amplias unidades nacionales hacia una creciente unificación de toda la humanidad. Pero en este caso, el nacionalismo no debería pasar de una posada provisional en el largo peregrinaje de la humanidad hacia sí misma. Posada provisional, pero jamás domicilio definitivo, pues

¿cómo ignorar lo preocupante de esta fuerza que es el nacionalismo, cuando se afirma a sí misma más allá de lo justo?

El criterio objetivo, con el que debemos enjuiciar todo nacionalismo son los Derechos Humanos. No reconocemos ningún ideal, ni valor, ni institución, que esté por encima de la persona humana.

Por eso, un pueblo, que lucha por construir un Estado independiente, que garantice todos los derechos de todos sus miembros, está en la dirección correcta. Pero desde el momento, en el que el nacionalismo vaya más allá de ese objetivo, se aventura a caer en la oscuridad del absurdo.

Creo, pues, que vivir como nacionalista debe ser algo muy semejante a jugar el juego de las «siete y media». O te pasas o no llegas. Y como lo del nacionalista es empeñarse en llegar, lo corriente es que se pase. Cuando Golda Meir visitó a Pablo VI, éste abandonó el lenguaje usual de los diplomáticos y adoptó el de los profetas de Israel para con aquella visitante israelí: «Señora (le dijo), cuánto me entristece ver que vosotros, que padecisteis la violencia del nazismo, empleéis ahora unos métodos tan parecidos con los palestinos». Tras un embarazoso silencio, respondió Golda Meir: «Santidad, doce años tenía yo, cuando vi entrar a los rusos en nuestra casa de Kiev y apalear a mi padre, llamándonos “asesinos de Cristo”. Desde entonces me propuse luchar por un Estado, que garantizara nuestros derechos». Luchar por un tal Estado era sin duda racional y justo, pero ¿era inevitable para eso la Nakba, la «catástrofe palestina». La respuesta de Golda Meir tocaba a la vez la razón del nacionalismo y la facilidad con la que éste pasa a la sinrazón, por llevarla ya implicada de antemano en su planteamiento excluyente.

La sinrazón plena, la irracionalidad pura alcanza su proclamación explícita en el farragoso *Mein Kampf* de Hitler. Aquella afirmación inicial autobiográfica, «me hice nacionalista», se completa con este rechazo total de la objetividad: «Que se eduque al pueblo alemán desde la juventud en la atención exclusiva hacia los derechos del propio pueblo y no se pierda el tiempo, corrompiendo los corazones de los niños con la maldición de nuestra “objetividad”, incluso en lo que importa a la afirmación del propio yo; entonces se verá (suponiendo que nos rija un gobierno radicalmente nacionalista) que lo mismo que en Irlanda, en Polonia o en Francia, también en Alemania el católico será ante todo alemán» (Del texto original, ed. 1939, p. 124). Un texto extremo, paradigmático de la irracionalidad confesada. Como paradigma, preside e ilu-

mina toda una serie de casos no tan extremos, pero que participan en mayor o menor grado del núcleo de su mensaje. Yo invitaría a todos los nacionalistas actuales a que leyeran el texto hitleriano con toda atención y a que vigilaran honradamente lo que para ellos pudiera tener de espejo. Naturalmente incluyo en esta invitación a los nacionalistas católicos (expresamente citados por Hitler), así como a la clerecía que preside sus iglesias. Sospecho que los nacionalismos de los pueblos no sojuzgados y bien alimentados padecen algo de esa misma dolencia estrábica frente a la verdad y de esa misma exclusión insolidaria frente a «los otros»; participan por tanto también de aquella misma irracionalidad. Discursos viscerales, victimismos resentidos, nutridos con una interpretación falseadora de la historia, susceptibilidades y ridiculeces de mezquinos picapleitos y un largo etcétera de conductas patológicas, por no hablar de los asesinatos terroristas o de las violencias de energúmenos desaforados, que insultan, agreden o destrozan. Relevo de milenios en una vuelta a los tribalismos. ¡Qué pésimo planteamiento, cuando sube la gran marea migratoria! ¿Qué clase de papel pueden jugar los nacionalismos en esa sociedad multiétnica, que inevitablemente se nos avecina?

En este comienzo de milenio urge un proyecto de futuro, que sea como un traje a la medida, para cubrir la actual desnuda globalización, revistiéndola de derecho y de humanidad. Si el siglo xx fue el siglo de los genocidios y de las terribles violencias nacionalistas, también fue el siglo de la proclamación de los Derechos Humanos, cuya conciencia debe irse difundiendo en todos los pueblos del mundo, fue el siglo del avance del diálogo ecuménico e interreligioso en un compromiso común a favor de los marginados y de los perseguidos, fue también el siglo, en el que más se ha esforzado la filosofía por recuperar la tradición de la persona y del valor de los otros y por contrastar esa tradición con las experiencias nuevas en la difícil convivencia de las sociedades actuales.

Hay que recuperar en efecto la gran tradición humanista y universalista de Occidente: la del «ciudadano del mundo» de los estoicos, radicalizada por la de los hijos de Dios, personas iguales en dignidad, propia del cristianismo.

Pues el hombre no alcanza su identidad, replegándose hacia sus raíces biológicas o culturales y excluyendo a los «extraños». El hombre alcanza su identidad en el éxodo de su propia casa, trashumando hacia la tierra prometida, que son los otros (Gn 12, 1). Hacia los otros como personas (con su abstracción y concretización radicales), por el mero hecho de serlo.